A1. Señorita, veo que esta película le gusta

Era una tarde de octubre de 1987. Ella tenía un día horriblemente triste. Y nada que hacer aquella tarde. Una combinación peligrosa. Decidió dirigirse al lugar en donde pensaba que podía encontrarle. Estaba convencida de que estaría ahí (era un hombre de costumbres regulares, pero de una regularidad nada maniática, que podía romper por cualquier motivo interesante). La regularidad de ella, en cambio, era irrompible. Precisamente porque aquel día era muy especial para ella y la regularidad se había roto de forma espantosa, precisamente porque aquel día, cosa inaudita, no tenía ninguna actividad regular, fue por lo que decidió llevar a cabo esta acción aventurera: observar al Cometa. Observar al Cometa podía resultar una acción arriesgada, de las que le cambian la vida a una. No le resultaba fácil aproximarse. Apenas se conocían. Los encuentros anteriores, casi inexistentes, seguramente no eran significativos para él. Para ella, en cambio, nada era anodino. Ninguna palabra, ninguna mirada, todo era objeto de interpretación. Era, simplemente, uno de sus entretenimientos favoritos. Venía pensando en él desde hacía tiempo, pero nunca hablaban. Un encuentro efímero la primavera anterior («¿La señora quiere una taza de té?»), le había dado la medida de su delicadeza. Desde entonces, se habían visto en el trabajo. Algunos breves saludos, nada más.

Y ahora ella quería medir otras cosas. Medir la capacidad de seducción del Cometa y de su entorno sobre su alma devastada. Por eso aquella tarde adoptó la firme resolución de entrar en aquel lugar para salir transforma-

da. Salir transformada o no salir. Nunca había entrado en ningún sitio (ni siquiera en la universidad) con un proyecto tan ambicioso. Al fin y al cabo, el sitio al que se dirigía no era más que un bar.

Aunque, para ser exactos, era mucho más que un bar. Había oído hablar muchas veces del lugar y tenía acumulada bastante curiosidad. En su atmósfera se respiraba que estaba destinado a entrar, cuando menos, en la galería de mitos locales. Pagar o no pagar la copa era allí un hecho irrelevante, porque los dos hombres singulares que lo llevaban (a la ruina, pero también a la leyenda) no ponían demasiada atención en las cosas del dinero, y podían, por ejemplo, contratar a un gran saxofonista de Nueva Orleans o de Minessota, pagarle el billete y la estancia en un hotel de lujo y tener aquel día el local vacío por falta de promoción y de olfato comercial, que no corrían por sus venas en la misma proporción en que lo hacía la sensibilidad y la ternura. De modo que allí no pagaba casi nadie, salvo el Cometa, que por su extraña relación con el dinero se veía impulsado a pagar siempre y a la menor ocasión, a deshacerse del vil papel con cualquier pretexto, como si se tratara de un material contaminante que quieres mantener lo más lejos posible de tu bolsillo. Situado en el casco antiguo, cercano al monasterio de un pueblo antiguo, el lugar tenía paredes de piedra que reflejaban la luz cálida y amarillenta, el tipo de atmósfera conventual que hace la sensualidad más intensa, el aspecto de casa de labranza que hace el amor más terrenal y salvaje. Durante una larga etapa (seguramente en términos de negocio, demasiado larga), sólo los iniciados conocían su existencia, y el hecho de que nunca estuviera lleno contribuía a hacerlo más agradable aún.

Aquella tarde el portón estaba entreabierto, probablemente estaba cerrado al público, pero como ella sabía poco de horarios de bares y divisó luz en el interior, entró. Había tres personas: en el papel de barman, Philippe, los ojos felinos y bellísimos perdidos en el horizonte, las ma-

nos secando vasos con gesto ágil. En el papel de jefe, Miguel, que con su talante gruñón, canalla y tierno, profería mecagüendioses mientras trataba de encender una estufa de leña que se le resistía. En el papel de cliente, sentado a la barra, el Cometa. Cuando ella entró, le vio de espaldas, estaba haciendo un signo al barman que dejó de secar y puso, en vista del gesto del Cometa y seguramente por enésima vez, la misma melodía que acababa de sonar, el sonido desgarrado de un saxo que parecía esforzarse lo indecible por arrancar cada nota de las entrañas de la tierra. Era (pero ella aún no lo sabía) la versión de *Loverman* que Charlie Parker estuvo a punto de no grabar porque no llegaba al estudio y cuando llegó, o mejor dicho, lo hicieron llegar, iba tan colocado que parecía imposible que pudiera mantenerse en pie, pero consiguió acabar la canción a trancas y a barrancas, como se puede escuchar. Era tan extraña que nadie pensó que se pudiera dar por buena. Era más que extraña, era perturbadora. Y así, no sólo salió al mercado, sino que se convirtió en una versión de referencia en la historia del *bebop.*

Pero Lot nada sabía de versiones de *Loverman* por aquel entonces. Lo único que sabía era que alguien tocaba dentro de las paredes de piedra como si se asfixiara. A ella también le faltaba el aire cuando quería dirigirse al hombre de la barra, por eso no decía nada, se limitaba a mirarle, algo que podía hacer sin problema, pues él parecía absorto en la música, concentrado en las notas a las que de vez en cuando lanzaba apasionados besos, luego regresaba a su copa y a su cigarrillo, con un gesto melancólico y pausado, y cuando dejaba de sonar pedía de nuevo la misma canción. Y el barman repetía la operación.

Ni tan siquiera se había dado la vuelta cuando ella había entrado. Sin embargo, el barman le señaló la presencia de la muchacha. Entonces, él la saludó con extrema cortesía (una cortesía tan extrema que a Lot siempre le pa-

recía un mecanismo para controlar una insolencia salvaje que a veces había podido observar en él), y continuó perdido en las notas. Ella se acercó y se sentó en la barra, a cierta distancia respetuosa, para no quebrar la soledad que él tal vez deseaba. No estaban citados. Sólo coincidían en el trabajo. En el trabajo, por entonces, también era un personaje a ratos. Por lo tanto, también habría podido enamorarse de él en el trabajo. Pero ante aquella barra y con las notas de *Loverman* de fondo, en el mundo de referentes cinematográficos en el que se había criado, sin duda era mucho más personaje. Es decir, mucho más novelable. Lo que equivale a decir que para Lot era mucho más real, o, por decirlo mejor, más vívido, a causa de la intensidad con que los personajes nos marcan en comparación con las personas.

El Cometa se enterraba a menudo en las profundidades de aquel bar conventual. Cuando no estaba en la barra, se sentaba en un peldaño de las escaleras de piedra, en un rincón oscuro, y allí, desde su presencia humeante y solitaria, contemplaba en silencio. Cuando se cansó de *Loverman* sonó *A Love Supreme* una sola vez, luego la música paró durante unos instantes. Por un momento pareció tomar algo más de conciencia de la presencia de Lot, y le dijo al barman: «Pon música para esta mujer». «Mujer» no debió de decir, vamos, ni hablar. Siempre decía «dama», «Pon música para la dama», dijo sin duda. Y su amigo hizo sonar *Sophisticated Lady,* seguramente su amigo pensó que esa canción no podía fallar de ninguna manera, fuera lo que fuese lo que no había de fallar, y cualquiera que fuese la relación que su amigo-cliente tenía con aquella recién llegada. Aquélla era una canción conocida, infalible en la voz de Billie Holiday, de esas que nunca pierden su brutal intensidad, de esas que sólo alguien con la sensibilidad musical de un ciempiés puede conseguir ignorar.

Tras esta lacónica petición, volvió a mirar al frente. Lot le veía de perfil. Por siempre jamás, cuando pensa-

ra en él, quizá porque era un hombre de barra más que de mesa, lo visualizaría de perfil. De perfil y con el fondo musical de aquella frase que, aunque no la escuchaba por primera vez, por primera vez se percataba de su contenido en palabras: *Smoking, drinking, never thinking...* Esta renuncia a pensar la impresionaba. Al principio se le quedó como a veces se te queda grabada cualquier frase musical, con machacona insistencia. Pero lo cierto es que sería todo un presagio de las relaciones de ambos con el tiempo, de la relación de él con la pasión de pensar, con la desesperación de pensar, con el dolor de pensar... En un hombre como él la huida del compromiso, por diminuto que fuera, sólo podía estar asociada a la barra de un bar, de ninguna otra manera, bajo ningún otro pretexto, podía él ignorar los grandes y pequeños crímenes del ser humano que tanto dolor le provocaban, y que tanto le costaba ahuyentar de su existencia cotidiana.

Más tarde, Lot se daría cuenta de que aquello en lo que Billie Holiday sugería no pensar era el futuro: *Never thinking of future*. Más adecuado aún, pues ésa sería una de las más interesantes enseñanzas que Lot recibiría de él, esa forma de ignorar el futuro con olímpica energía, para concentrarse en un presente siempre más rico, consiguiendo así, paradójicamente, estar siempre en paz con el futuro, pues nunca lo sonsacaba ni rebuscaba en él con especulaciones ni proyectos ni adivinanzas sobre el porvenir. Vivir junto al Cometa era vivir en una constante apología del presente.

Sin ir más lejos, esta escena es un buen ejemplo de ello. Pasaban las horas, y la situación en la barra no progresaba hacia ningún tipo de futuro. «Pon música para la dama», había dicho. Y nada más. ¿Tenía la frase algún significado, más allá de la cortesía que requería el momento? Probablemente no. No le quedó más remedio que leer en él. Como era novelista, Lot leía pensamientos. Es lo que tienen en común los novelistas con los paranoicos. Lo que les distingue es que los paranoicos están totalmente

seguros de que leen correctamente, mientras que los novelistas saben que pueden equivocarse y asumen el riesgo. Lot se concentró en la lectura; pero lo cierto es que no era nada fácil leerle, y aún menos de perfil. Era difícil leerle cuando pensaba, pues era pensador por vocación y formación, y sus pensamientos eran demasiado rigurosos y complejos para ella, que no había estudiado metafísica. También era difícil leerle cuando no pensaba, como en aquellos momentos en que le gustaba «trabajar el vidrio», como solía decir, el vidrio del vaso, se entiende, aquellos momentos en que todos los demonios del día se disolvían en las notas y en que todos los horrores de la humanidad se suavizaban en el acogedor refugio de la noche. Al final, empezó a dolerle la cabeza por el esfuerzo lector, y optó por abandonar y conformarse con leer tan sólo la actitud, que como un rótulo luminoso y disuasivo rezaba: «Dejadme en paz».

¿Qué hacer? Quizá el rótulo de la superficie se correspondía con el pensamiento. Quizá no había modo de llegar a él. Sumergido en su perturbación musical, imperturbable ante cualquier otro estímulo, era muy claro que ella tendría que pensar una estrategia, ya que él en modo alguno saldría de la pantalla para ir a buscarla, como el explorador Baxter había hecho con la camarera. Bien es cierto que a Lot no le hubiera importado seguir viendo la misma película una y otra vez, pero (siempre atrapada por el futuro) *empezaba a querer* que comenzara la escena siguiente. Mientras tanto, Lot se dedicó a evaluar el deseo o el interés que ella podría despertar en él: para ello, contaba con algunos indicios. Eran tres y de poca consistencia, en realidad.

Primer indicio: una mirada. Un año antes, habían coincidido en una comida de trabajo. Ella conocía a poca gente aún, sólo a tres o cuatro compañeros que luego se convertirían en grandes amigos. Por el sector donde ella se sentaba, se inició una conversación sobre letras de canciones populares. A ella se le ocurrió soltar un despreocupado co-

mentario sobre el tono machista, y a veces quejoso, de las canciones mexicanas que, de hecho, no conocía a fondo. Con pícaras sonrisas, algunas voces le advirtieron de que acababa de emitir una opinión muy arriesgada, y le recomendaron que cuidara de que no la oyera el Cometa si no quería ser víctima de su genio zumbón. Sin embargo, los mismos que supuestamente le aconsejaban ocultar sus opiniones para no ser víctima de escarnio público, fueron arteramente pasando la información hasta la otra punta de la mesa, donde se hallaba el Cometa.

Cuando le llegó la información, el Cometa se levantó, erigió su hidalga figura y se dispuso a entrar en combate por la ofensa recibida, por la ofensa que algún ser falto de sensibilidad había dirigido contra sus amados poetas del pueblo, pero cuando divisó a su rival se dio cuenta de que no había reto: «Ah, es una dama», dijo, en su tono más respetuoso, medio decepcionado por no poder entrar en imaginario combate, medio desarmado por el equívoco. Pero de inmediato superó el instante de desconcierto, miró fijamente a los ojos de Lot con su oscura, inteligente mirada directa que nunca huía, levantó la copa como una lanza en ristre y cantó. Cantó una estrofa de *La chancla* para demostrarle a la muchacha que los hombres mexicanos no estaban para bobadas, y que sus poemas no eran victimistas sino valientes y corajudos; cantó unos versos deliciosamente divertidos para demostrarle que tenían un sentido del humor fuera de lo común. Y finalmente, para demostrarle que había en aquellas canciones mucha más ternura que machismo, cantó *La casita (tiene en el frente unas parras / donde cantan las cigarras / y se hace polvito el sol)*. No la acabó por el final, sino por la estrofa que dice: *Pues con todo y que es bonita / que es muy chula mi casita / siento al verla un no sé qué... / Me he metido en la cabeza / que hay allí mucha tristeza / ... creo que porque falta usté.*

A continuación, una vez demostrado todo lo que quería demostrar, desclavó sus ojos de los de ella y se sen-

tó. Lot aún permanecía boquiabierta cuando él ya llevaba rato conversando de nuevo animadamente con sus vecinos de mesa y sin duda la había olvidado por completo. De esto estaba tan segura que, bien mirado, este primer indicio de un supuesto interés por ella no podía considerarse indicio de nada.

El segundo indicio era la cortesía con que la trataba en el trabajo. Pero esto lo hacía con todo el mundo, salvo que se pusiera nervioso por oír alguna necedad superlativa. Por otra parte, ella le rehuía. Le daba miedo. Albergaba la convicción de que con él sólo se podía hablar de Heidegger y de Kant, de cantatas de Bach, de la teoría de los fractales y de otras cosas por el estilo. Así que empezó a leer en secreto la *Crítica de la razón pura* con la esperanza de poder dirigirle un día la palabra. Pero he aquí que una tarde pudo oír, estupefacta, cómo una compañera de trabajo le explicaba, con todo lujo de detalles, una historia aburridísima sobre la pérdida de un pendiente. Se conoce que había perdido el pendiente, el marido la había ayudado a buscar el pendiente, y finalmente habían encontrado el pendiente. El relato, narrado en un ritmo lento y parsimonioso, contenía pormenorizadas descripciones de la joya y un interminable baile de estilo directo, a la manera en que las mujeres solemos explicar las cosas («Y entonces le dije: "¡Pedro!, ayúdame a buscar el pendiente", y él me dijo, y yo le dije»), todo ello rematado a modo de resumen por una trivial reflexión acerca de las casualidades de la vida que hicieron que, justo una semana después, ¡perdiera el otro pendiente!, en el mismo lugar, y así empezó de nuevo el mismo idéntico tedioso relato del episodio, y yo le dije, y él me dijo, y yo le contesté... ¡Y el Cometa la miraba atento y sonriente! Y en su mirada amable y serena... ¡no se apreciaba la menor intención de querer estrangular a su interlocutora! La paciencia del Cometa superaba todas las predicciones que Lot había hecho sobre el carácter de aquel hombre temperamental. De modo que no era imprescindible hablar de Spinoza, ni tam-

poco de grandes jugadas de póquer, de butifarra o de fútbol, ni de recetas suculentas de cocina, únicos temas que, fuera de lo intelectual, le podían interesar apasionadamente. No, ¡se podía hablar hasta de pendientes sin hacerlo huir! Aquella anécdota le pareció a Lot un buen indicio. Como mínimo, sería educado con ella, casi con toda probabilidad.

El tercer indicio, la escena de la taza de té, había tenido lugar un tiempo más tarde, en la primavera anterior. Después de una comida de trabajo de la que salieron juntos, ella se encontró mal y le apeteció sentarse a descansar un rato en un bar antes de coger el coche. Encontraron el primer bar cerrado, el siguiente también, y al final él le propuso subir a su casa y le preparó un té. Sólo tenía té. A Lot no le gustaba el té, pero le habría gustado que le gustase, pues le agradaba la gente que tomaba té, siempre más serena y contemplativa que los que toman café. Y, de hecho, le gustó el té a partir de aquel día, como le gustarían muchos otros sabores que él le enseñaría a apreciar. Estaba cansada, mareada, y decidió explicarle por qué tenía el corazón en ruina desde hacía un tiempo. «Es por la boda», le dijo. (Desde que sabía que con él se podía hablar de pendientes, y puesto que para ella «bodas y pendientes» figuraban bajo el mismo epígrafe, pensaba que podía hablarle de eso con comodidad.) Él no caía, quizá en el trabajo había oído que ella estaba a punto de casarse, pero sin duda no se acordaba, puesto que probablemente «bodas y pendientes» figuraban, todo hay que decirlo, entre los temas que a él le entraban por un oído y le salían por el otro. Entonces ella le empezó a explicar las dudas que desde hacía un tiempo habían empezado a instaurarse en su espíritu, dudas terribles e insidiosas. Le explicó que no estaba segura de nada. Más aún, le explicó que cada día le decía a su novio: «Estoy convencida de que vamos a cagarla». Le explicó (en aquella forma tan femenina, abusando del estilo directo) lo que ella decía a su novio y lo que éste le res-

pondía. Le confesó que hacía los preparativos de muy mala gana, y que, de aquella manera, nada podía salir bien. (Y ciertamente, los únicos preparativos que llegaron a buen puerto fueron los destinados a desanimar al futuro marido, que, finalmente, convencido de que ella tenía razón, desistió del proyecto nupcial.) «No sé qué pretendo diciéndole esas cosas, poniéndoselo todo tan negro», concluyó. El Cometa permaneció en silencio hasta que dijo, con una simplicidad desarmante:

«Pero ¿le quieres o no?»

«No es sencillo...», suspiró ella. «Me gustó mucho al principio, así que le enamoré con la intención de enamorarme yo a continuación, pero luego algo fallaba, no me enamoraba como había previsto, y no lograba quererle. Yo me empeñaba, pues al fin y al cabo lo había decidido, y él reunía las características de alguien a quien querer, pero, cuanto más empeño ponía, peor salía todo. Yo quiero quererle, deseo quererle por encima de todo, pero no puedo. Él dice que si no puedo quererle, que le deje. Pero tampoco puedo.»

El Cometa dijo, llenando otra vez su taza:

«Las mujeres sois seres muy extraños» (en estas ocasiones nunca decía «damas»). Ella prosiguió:

«Y digo yo: no es Amor Absoluto el que está sembrado de dudas desde el comienzo, ¿no? Quizá Amor Relativo, esa variedad de amor tan usual, pero no Amor Absoluto.» Ella hizo una pausa. Tal vez las nociones de «relativo» y «absoluto» despertaran su vena filosófica y él diría algo más orientativo. Pero él, fiel a su costumbre de preguntar siempre lo que el interlocutor daba por supuesto, dijo:

«¡Amor absoluto!... ¿Y eso qué es?»

Para hablar de este tema, a ella nunca le faltaban palabras. Podía decir montones de cosas, pero se acordó de *El sueño eterno,* y dijo: «Amor Absoluto es el que todo lo arregla. El que hace desaparecer todos tus demonios...

No porque desaparezcan, sino porque dejas de verlos. El que borra tus angustias, no porque dejen de existir, sino porque dejan de angustiarte. ¡Todo lo arregla, el Amor Absoluto! ¿Recuerdas las últimas frases que Marlowe y Vivien se intercambian en *El sueño eterno*?».

Vaya, no se acordaba. Sin duda la había visto infinidad de veces, ya que Bogart figuraba, después de John Wayne, entre sus actores preferidos, y consideraba a Lauren Bacall la más adorable de las actrices, pero ni una sola vez el Cometa se acordaba de algo por encargo o cuando se lo pedían, sólo cuando le cuadraba.

«Pues cuando Marlowe ha acabado la investigación y está a punto de irse, Vivien le dice: "Y yo, ¿qué?". Él pregunta: "¿Qué pasa contigo?". Y ella responde: "Nada que tú no puedas arreglar". Entiendes, ¿no?»

Él sonreía, quizá debido a la impulsiva ingenuidad de Lot.

«La idea me entusiasma —prosiguió—. El amor simbiosis. Alguien con quien nada te falta. Detesto esta ideología de "has de encontrarte a ti mismo", "debes arreglarte por tus propios medios", "el equilibrio está en tu interior"... ¡Y una mierda! ¿No es fantástico encontrar a un hombre, a una mujer, a lo que sea, que te arregle, te divierta, te modifique? ¿No es alucinante vivir a través de otro en lugar de a través de ti mismo, que ya te conoces hasta el aburrimiento? Un hombre con quien vivir en perfecta intimidad simbiótica, como... como una rémora y un tiburón».

Entonces se detuvo a pensar que la simbiosis supone ventaja para los dos seres unidos en simbiosis y dudó de si verdaderamente el tiburón sacaba alguna ventaja de la rémora, y quiso modificar el ejemplo, pero no encontró ninguno y concluyó:

«En fin, la noción de Amor Absoluto me entusiasma. Pero sólo podría entregarme del todo a un hombre que me alimentara el alma ininterrumpidamente, que tuviera recursos hasta el infinito... ¿Para qué quieres un

hombre, si no es para explotar sus recursos? Siempre buscaré eso. Si no existe, mejor. Así seguiré buscando. Me entusiasma buscar. Pero... ¿y si existiera? ¡Caray! Lo afirman todas las canciones, lo dicen todas las formas de arte, grandes y pequeñas. ¿Mienten?»

Después de su exaltado discurso, esperó. Pero él no decía nada. Ni que existía, ni que no existía. Nada. Y sin embargo, aquella misma tarde, ya comenzó a arreglar su alma. ¿Cómo? Ni idea. ¿Qué le diría, que le arregló, como mínimo, la tarde? Probablemente, tras aquellas confesiones sorprendentes (sorprendentes para él, ya que apenas se conocían), él debió de decirle algo. Pero realmente, la única frase que ella recuerda que le dijo es:

«¿Más té?»

Tomaron té. Se sintió envuelta en una ternura infinita, pese a que apenas se tocaron, apenas se hablaron. Sólo al despedirse, ella le dio un beso en los labios cuya suavidad nunca ha olvidado. Ella se sentía reconfortada como si hubiera recibido un gran consejo. Pero ¡él no había dicho nada, no había hecho nada! Pronto sabría que ésa era una de las extrañas virtudes del Cometa. Siempre los amigos le recordarían «ayudándoles en momentos críticos», brindándoles una ayuda inestimable... Pero ¿cómo la brindaba? Difícil explicarlo. ¿Por qué frases simples sonaban en él tan sabias? ¿Era su profunda y elegante voz de barítono bajo? ¿Era porque en él pensar y actuar eran lo mismo, y eso se traslucía en su actitud? ¿Era porque no daba consejos ni opiniones, pero de vez en cuando dejaba caer una frase con la contundencia de un latigazo de luz? ¿O era porque, al dar la impresión de que no quería nada del otro, hacía que el interlocutor se sintiera cómodo y respetado, sobrante, y por tanto libre? ¿Qué era? Aún no lo sabía a ciencia cierta.

Pero estamos aún en la barra. Y aquella noche, tras haber repasado los tres indicios, Lot hizo un curioso des-

cubrimiento. Tenía poco más de veintisiete años, en el otoño del 87, pero había vivido amores largos e intensos y se sentía vieja y experimentada. Por primera vez vislumbró por qué los hombres fáciles y amorosos que había tenido habían acabado por despertar en ella una especie de crueldad, incluso a veces una violencia verbal inusitada, una fuerza destructiva que casi le daba miedo, una energía polemizadora que la hacía desgraciada y a ellos también. Comenzó a entender que no podía, o no estaba preparada, para dar amor a cambio sólo de amor y de un puñado de virtudes estándar. Además, no sabía qué hacer con los hombres que venían con las manos cargadas de amor y, al no saber qué hacer, se sentía culpable por ello. Entendió que lo que quería de ellos no era que la adorasen, sino que la hicieran enloquecer de amor. A ella. Le vino a la memoria un libro leído a los dieciséis años, *L'amour fou,* de André Breton. Había un cielo luminoso en la portada, y una frase sobreimpresa que siempre le había provocado un sentimiento ambiguo. *«Je te désire d'être follement aimée»,* decía la frase. «Te deseo que te amen con locura.» A los dieciséis años no entendía qué le molestaba de la frase, la sentía como un malentendido que no sabía descifrar. Ahora lo sabía: era la forma pasiva. Ella quería dar, no recibir. La dejaba helada la idea de sentirse reclamada, necesitada, objeto de adoración. La aburría. En cambio, adorar con locura, sentir una sed infinita y demorar la saciedad (la odiosa saciedad), eso quería. Y para eso necesitaba un hombre que no estuviera nunca al acecho de las mujeres. Un hombre que tuviera la delicadeza y la habilidad de hacerla sentir que no la necesitaba. Un hombre que nunca la esperara porque el presente le fuera siempre suficiente. Un hombre que, pese a no tener nada, fuera sobrado. Un hombre dispuesto a preservar su libertad por encima de todo, incluso de ella. He aquí lo que siempre había estado buscando sin saberlo: alguien a quien sobrar.

He aquí al hombre.

Era él.

«No resulta fácil encontrar a un hombre a quien sobrar», se dijo. «O, mejor dicho, no resulta fácil encontrar a un hombre que, sobrándole, no prefiera prescindir de ti.»

Los tópicos de la época la habían despistado. Los tópicos de la época dictaban que las *nuevas mujeres* querían hombres detallistas, hombres que comparten las decisiones y las tareas diarias. Y ella, que como no era una mujer vieja pensaba que era una *nueva mujer,* se lo había creído. Pero no, realmente no era una nueva mujer. ¿Para qué quería un hombre que compartiera con ella decisiones? Nada consideraba más odioso que tener que consensuar las actuaciones más banales y cotidianas. Tampoco quería compartir tareas, al contrario: era partidaria de dividirlas y separarlas en función de los méritos de cada uno. Y menos aún deseaba a un hombre detallista, que recordara su cumpleaños, que le trajera detalles. De hecho, los detalles la enervaban. Quizá era hereditario. Recordaba a sus padres, una vez cuando era muy pequeña, ante el aparador de una joyería. Su madre hizo un comentario admirativo sobre un diamante magnífico que se exhibía en un lugar destacado de la vitrina. Entonces su padre dijo: «Tal vez algún día te lo podré regalar». «¡De ninguna manera!», dijo ella. «No soy una mujer caprichosa: si has de regalarme algo, regálame tierras.» Tampoco a la madre de Lot le gustaban los detalles.

En cuanto a ella, no quería ni tierras ni diamantes. Pertenecía a una generación que no había pasado hambre y que apreciaba poco los bienes materiales (fue un breve paréntesis en el transcurso de las generaciones, como si fuera un error que se subsanó enseguida). Pero ella conservó siempre el deseo de priorizar los bienes del alma por encima de las cosas prácticas. Y, en consecuencia, lo que buscaba en un hombre era más complejo. Buscaba una vida interior de lujo. Una atmósfera interna que pudiera admirar, por la que pudiera dejarse contagiar y, eventualmente, que pudiera compartir. Eso buscaba.

Pero estamos aún en la barra. Han dado las dos de la madrugada y no parece que el local vaya a recibir a nadie más. No es improbable que hayan olvidado abrir el portón exterior por el que ella se ha colado, y que el local parezca cerrado. Se está haciendo tarde. Ella se devana los sesos pensando en cómo llevárselo de allí, sin tener que pedirle permiso. Llevárselo de allí cuando cierren y, sin embargo, permanecer en esta situación privilegiada. Es complicado. Siempre ha sido una mujer discreta cuando se enamora. Tenía una madre —sí, la misma que no quería diamantes, la misma que quería poner los huevos en distintos cestos— que le había inculcado que nunca hay que ir detrás de un hombre. Y no piensa hacerlo. Pero, por desgracia, Lot no soporta que un hombre vaya tras ella. En estas condiciones, ¿qué hacer? ¿Quién ha de ir detrás de quién? Y, en el caso que nos ocupa, ¿qué hacer para coincidir? La noche se presenta difícil. Y sólo queda una solución: dejarlo ahí en sus cosas, hasta que decida acabar la noche. Y luego, cuando se vaya, que por lo que parece no será pronto, se irán juntos. Ella caminará a su lado. Ni delante ni detrás.

Y así será, en efecto. Saldrán juntos de allí sin una palabra, silbando él *A Love Supreme*. Sus pasos resonarán sobre los adoquines silenciosos de la calle húmeda que desciende abruptamente hasta la casa donde vive él. Lot tendrá la sensación de que hace mucho tiempo que no ha respirado aire puro. El Cometa la mirará con la perplejidad con que suele mirar las cosas tras unas cuantas copas, siempre como si se acabaran de materializar ante sus ojos como por arte de magia, o como si pudieran desaparecer de un momento a otro. Seguramente, en algún momento le declarará amor eterno, pero al instante siguiente lo habrá olvidado y seguirá caminando junto a ella. Parecerá ausente, pero no con displicencia, ni con desprecio, ni con

indiferencia, sino con una delicadeza especial, con una ternura muy suya. Ligero. Ella pensará: «Ahora podría yo desaparecer y no pasaría nada. Podría irme y nunca más me llamaría. Podría evaporarme y él sólo diría: "¡Caramba, qué curioso!"». Ella no puede olvidar el descubrimiento que acaba de realizar, y una vez y otra exclamará en silencio: «Ostras, ¡qué hermosa manera de sobrar!». Y quizá por eso deseará acompañarlo a donde sea, al infierno si es preciso. Y seguirá caminando a su lado, segura de que juntos llegarán a alguna parte.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).